

Morena

¿Cómo y por qué llegué aquí?

¿Qué hago en este sótano gris y húmedo?

¿Habrá una posibilidad de salir algún día y recomponer la figura humana limitada por el paisaje mezquino que tengo enfrente?

Pero claro, a un ser que sólo respira y mueve con dificultad su cabeza, se le ha comprimido de tal forma el universo que ya cabe en esta habitación de 2x3 en la que estoy confinado.

Aun así, muertas las manos y los pies, mi mente recuerda, mi piel respira y mis ojos agudizan la mirada en un intento diario y duro de seguir viviendo.

No me conforma el existir, aun no soy un vegetal y mientras mi cerebro elucubre, podré estar vigente.

Este lugar en el que habito desde hace unos meses se ha transformado por obra y gracia de mi imaginación en un sitio menos lúgubre de lo que algunos puedan imaginar.

Cada día recibo como una bendición, retazos de luz solar y el brillo nocturno de los focos que en rachas violentas y fugaces alumbran mi miseria.

¡Toc! ¡Clap! ¡Choc!, los mil pasos de los transeúntes resuenan en una serie monótona e interminable que perfora el oído y me irrita el genio.

A veces este sonido me saca de las cavilaciones en que me sumerjo para olvidar mi condición y me obliga a volver a esta realidad-fantasía a la que me ha confinado.

¡Tetraplejia! El tono en la voz del médico de turno me volvió agua el corazón y oscureció por instantes la blanca habitación del hospital. Nadie pudo compartir entonces mi angustia. Estaba solo, así lo había querido cuando, en un arranque decidí alejarme de aquellos a los que pertenecía y emigré a este país caliente y colorido que me llamaba con el ritmo de su música que movía caderas y torsos desnudos.

¡Brasil! ¡Que magia en el sonido de este nombre! Lo balbuceé en el colegio, de niño y luego lo adorné de fantasía, de hembras ampulosas y sensuales en mi precoz adolescencia. Allí podría ejercer mi profesión, aprender a retocar rostros y prolongar así la juventud en los cuerpos que gritan su mentira a través de unos senos erguidos o de unos muslos firmes y prometedores.

Las formas sinuosas hoy sólo existen en mi mente: mis manos no pueden moldearlas recreando su suavidad, mí sexo no siente la urgencia instintiva impresa allí desde el nacimiento y mis piernas no acusan el temblor débil conectad al placer.

Desde mi silla, en la que permanezco algunas horas o desde la cama en que completo mis días, sólo puedo ver pies calzados o desnudos, que marcan la misma ruta a las mismas horas, con prisa o lentitud según les acomoda. Una ventanita increíblemente pequeña y reforzada por barrotes, me aísla de la ciudad con la que tanto soñé y me aleja de sus habitantes que gastan las veredas y caminos en un ir y venir, sin sentido, ahora que no puedo compartirlo.

Dos veces por día, la señora Marcia, una gorda y anónima mujer, cumple con el ritual que el Seguro Social le paga y me mueve, me limpia, me alimenta y me odia.

En esta semi obscuridad siempre fría y húmeda, apenas si distingo sus formas informes por la grasa, los años y los hijos.

Pero me he acostumbrado a sentirla bajar y subir los escalones desde sus habitaciones a este cubículo, premio al esfuerzo de quince años-en una clínica. En la que con asco y necesidad desgarré y cosí senos, traseros y labios.

En un comienzo la novedad del oficio y mi juventud hicieron eficaz la tarea. Y me regocijé cuando una muchacha tímidamente me descubría su cuerpo y yo podía dibujar sueños en él para esculpirlos con deleite.

Un día cualquiera, al saltar al agua en el diario placer del baño vespertino, sentí que el mundo estallaba en mis oídos y una explosión violenta oprimía mi pecho y desbocaba mi corazón.

La naturaleza castigó mi cuerpo y embotó mi sensibilidad; el tiempo suturó las heridas y disolvió la rabia, transformando los ¿por qué? en una resignada respuesta sin solución.

-Doctor Lucio ¡ya no me quedan riñones! ¡Es mucho lo que usted pesa! Me está resultando imposible levantarlo, deberé contratar algún muchacho que me ayude.

3

Escucho el regaño monótono pero ya no me importa, sé que mientras doña Marcia reciba el dinero de mi seguro, seguirá empujando mis hombros, tironeando mis piernas y abriéndolas sin lástima, para colocar el pañal que empapa los fluidos de mi miembro avergonzado e impotente que, a mi pesar, no deja de cumplir con su función más inmediata.

Hoy me he dedicado a contar, en un juego absurdo y pueril, cuántos zapatos cruzan ante mi vista en una hora (el reloj de pared con su único e implacable ojo, me señala el tiempo perdido y me impulsa a seguir arrastrando el que me queda) luego los he ido clasificando por colores, he calculado sus números y los he separado de acuerdo al sexo de quien los lleva.

Poco a poco he ido reconstruyendo pierna y cabezas y sé que esos botines negros y toscos, corresponden a un obrero quizá, aquellos café, flexibles y lustrosos pueden ser de un oficinista que viste así la mediocridad de su oficio y la renta escasa. Hay zapatillas de jóvenes que rebotan sobre el ardiente pavimento con un ritmo cadencioso y desafiante. Hay, los menos, pies descalzos que tienen marcada la pobreza entre sus dedos agrietados y sucios.

Por la tarde, luego del término del horario de trabajo, cuando el ruido y la prisa ceden, escucho, en sordina, pasos lentos, como los del guardia, que marca su autoridad con el categórico sonido de sus talones y a veces, con suerte, descubro el taconeo de unos pies de mujer que se detienen por un instante y luego marchan y vuelven en ansioso paseo.

Al dormirme hago un recuento de lo observado y en mis sueños se entremezclan en un desfile infinito: pasos: pasos, pies y ruido

Esta tarde he descubierto que entre las cuatro y las cinco, pasa frente a mis ojos, raudamente, un par de finas puntillas blancas. Pude observar que no tienen talón, llevan cruzadas un par de tirillas y sobre ellas un coqueto moño brillante. ¿Cómo no las vi antes? Tal vez porque quien las calza debe ser muy delgada y el roce contra el suelo es delicado y ligero. Su caminar es siempre apresurado, debe regresar por otra calle porque nunca la he podido ver de vuelta, pero desde que divisé esos pies he intentado que doña Marcia ubique mi catre lo más apegado al ventanuco para satisfacer mi curiosidad y aun así sólo alcanzo (esforzándome y

pegando mi frente a los fierros) a divisar los tobillos morenos que habitan esas zapatillas altas y puntiagudas.

Entre el silencio y la soledad esos tacones van cobrando una importancia extrema para mí.

4

Espero con impaciencia el momento de verlos aparecer y así saciar esta necesidad de aferrarme a algo vivo que motive mi existencia mísera y justifique este inevitable encierro.

¡Cuán gratificante puede llegar a ser la visión de esos pies semidesnudos e impúdicos que provocan en mi piel una tibia sensación en la que se mezclan ansiedad y desesperanza.

Los otros pies han dejado de tener importancia. Los veo pasar pero ya no los analizo. No me interesa contarlos ni ordenarlos. Mi día está completo sólo cuando las blancas sandalias cruzan mi ventana. Mis ojos se van tras ellas en un intento fallido pero no por eso menos perseverante de detenerlas por un instante y seguir gozando del calorcito vivificante que me producen los dedos de suaves líneas, las uñas cortas, brillantes, impecables, limadas con esmero y sin una gota de barniz.

Anoche soñé con esos pies mi memoria alucinó y reprodujo una piernas bien torneadas, de rodillas lisas y muslos generosos. En un supremo esfuerzo ascendí hasta el vientre firme y husmeé entre los pliegues minúsculos de un ombligo oloroso y profundo. Hurgué entre los pechos temblorosos y frágiles y mi nariz rozó los pezones duros e incitantes. Allí me detuve, no me permití llegar al rostro ¡que más daba! Debía ser perfecto, tanto como el resto de la estructura ósea, de los músculos sólidos, de los órganos funcionando vitales y enérgicos.

Día a día, de lunes a viernes, sin faltar ni uno solo, los pasos blancos y cadenciosos me acompañan deleitando mi oído y llenando mis ojos.

Cuántas noches esos pies delicados incursionaron con audacia entre mis nalgas mustias, aprisionaron mi sexo y rozaron mis labios, la única parte sensible de mi cuerpo, en un extraño beso, que, humedeció mi frote y crispó mi cuello desgarrándome el alma.

-Doña Marcia ¿conoce usted a sus vecinos?

-Por qué me lo pregunta doctor?

Le expliqué en qué consistía la situación que a diario vivía observando por la minúscula ventana este sótano.

La obligué a pasar algunas tardes junto a mi cama mirando como yo a los transeúntes habituales, hasta que una noche de viernes, cuando se despedía para subir, vi pasar lentamente las puntillas blancas.

_¡Señora Marcia, allí van! grité ¡Por favor vaya a la puerta y dígame de quien son

5

Con el corazón desbocado, esperé...

Al poco rato bajó la mujer, quien sofocando un bostezo me comentó: _Era Roberto es decir Roberta el pobre marica que trabaja en la avenida del Perpetuo Socorro ¿no se acuerda que usted mismo lo operó el año pasado?

¡Buenas noches doctorcito, duerma bien!

